

LUIS, "EL SONRISAS"

Consulta de un médico. Es un hombre mayor, con su bata blanca. Llamam a la puerta, y asoma la cabeza un joven de unos dieciséis años, con cara bondadosa y despistada. Y una gran sonrisa en la cara.

JOVEN: ¿Puedo pasar...?

DOCTOR: *(Serio y distante)*. ¡Pase, pase... por favor!

El joven se acerca tímidamente, sin dejar de sonreír.

JOVEN: Buenos días, doctor. Mire, que había venido a verle porque tengo un problema...

DOCTOR: Dígame.

JOVEN: Es que sueño cosas muy raras últimamente. No son sueños normales de esos que se tienen, no, no... Son peores. Cosas complicadísimas. Y luego algunas son verdad y otras no. No sé si me comprende.

DOCTOR: ¿Pero te duele algo, o tienes fiebre... ?

JOVEN: No, dolerme no. Fiebre tampoco. Pero es que es muy raro. Lo mismo me veo un día de bombero apagando un incendio sin saber nada de mangueras ni de nada, o de astronauta, que no puedo ni respirar en la nave... y se enamora de mí una marciana hecha de tubos, muy fea... Muy raro todo. Y un día era portero de un equipo de fútbol y me metieron quince goles seguidos, y los del equipo me pegaron.

DOCTOR: Pero vamos a ver... ¿Tú e sientemal? ¿Qué síntomas tienes? Porque yo te puedo pedir un análisis de sangre y vemos cómo estás, pero vamos..., eso no tiene nada que ver con los sueños. Para cosas de sueños y eso tendrías que ir a un psiquiatra, o a un psicólogo. Yo soy médico de medicina general, y eso no lo trato.

JOVEN: Ya... Pero es que lo de los sueños tiene que ver con usted, doctor, por eso he venido.

DOCTOR: ¿Conmigo? No, ya te he dicho que eso yo no lo trato...

JOVEN: Es que usted salía en el sueño. Así, tal como es usted. Y con esa bata blanca puesta además. Igualito. Y se lo he preguntado a mi madre y me ha dicho que es natural, que son las cosas de la vida, que acaban apareciendo aunque sea en los sueños. Yo vivo solo con mi madre, sabe usted, de siempre, y por eso ha pasado.

El doctor le mira un momento completamente perdido en la conversación, sin entender de qué le está hablando.

DOCTOR: ¿Yo...? No. Se parecería. En los sueños la gente se parece, y si llevaba bata blanca tú has creído...

JOVEN: Que no, que era exacto, clavadito, como una estatua de cera de usted. Le tengo aquí metido desde que le soñé *(se toca la cabeza)* y es clavado. La cara así... el pelo... las gafas... los brazos... Como dos gotas de agua.

El doctor mira de nuevo fijamente al joven y decide seguirle la corriente y quitárselo de encima lo antes posible, al considerarle tocado de la cabeza.

DOCTOR: Bueno, pues era yo con el que soñaste, no pasa nada. Esas cosas pueden pasar, que se parezca a mí ese del sueño, no tienen importancia. *(Se levanta de su silla y trata de acompañarle hasta la puerta)*. Ahora si me permites..., tengo fuera un montón de pacientes esperando...

JOVEN: Es que... no es que parecía usted, doctor, es que era usted mismo. Me lo ha dicho mi madre.

DOCTOR: ¿Pero tu madre qué tiene que ver en esto? El que lo ha soñado eres tú... ¿no?

JOVEN: Mi madre tiene mucho que ver. Mi madre es Rosario, no sé si se acuerda usted.

DOCTOR: ¿Rosario? No, no me acuerdo. Tengo muchos pacientes diferentes y no puedo acordarme del nombre de todos.

JOVEN: Pero es que mi madre no es una paciente. Rosario. Una alta, morena, muy guapa...

DOCTOR: *(Empezando ya a estar harto de ese pesado)*. Que no, no me acuerdo. Bueno, adiós... *(Señala su reloj)*. Disculpa, pero la consulta...

JOVEN: Si hace memoria seguro que se acuerda. De una cosa así no puede uno olvidarse. En el sueño se acordaba.

DOCTOR: ¿Me acordaba de qué? ¿De qué me tengo que acordar, a ver?

JOVEN: Hace diecisiete años, con Rosario, mi madre... usted... ¿No lo coge? *(Hace gestos con los dedos de las manos de dos que se juntan, sonriendo como siempre)*. Si hasta nos parecemos.

DOCTOR: *(Alucinando)*. ¿Que nos parecemos...?

JOVEN: ¡Papá!

DOCTOR: ¿Cómo dices?

JOVEN: Que soy tu hijo. Luisito, de Rosario, una alta muy guapa, morena...

El doctor, que se ha quedado con la boca abierta, coge al joven del brazo y le lleva lo más que puede hacia el interior de la consulta, lejos de la puerta, y le habla bajo, para que no les pueda oír nadie fuera.

DOCTOR: Espera, espera... Mira, no entiendo nada de lo que me estás diciendo, pero te hayan contado lo que te hayan contado... eso no es posible. Tú no puedes ser mi hijo de ninguna manera, te pongas como te pongas...

JOVEN: ¿Por qué? Si nos parecemos mucho. Mire la nariz, y la boca... las orejas...

DOCTOR: ¡Pero qué nos vamos a parecer, hombre! No digas cosas raras.

JOVEN: ¿Y mi madre por qué me lo ha dicho entonces? Yo desde luego lo he soñado...

DOCTOR: A ver... cómo te lo explico yo... Lo hayas soñado o no lo hayas soñado... *(Entrando en un clima de confidencias, le habla bajo)*. Mira, esto no se sabe, porque estas cosas no se suelen contar, y yo no he salido del armario, como suele decirse... pero soy gay. *(El chico le mira fijamente interrogándole con los ojos)*. Sí, gay, gay.

JOVEN: *(Abre los brazos efusivamente, como ofreciéndole un abrazo, y le grita)*. ¡Papá, no me importa que seas gay!

DOCTOR: ¡Chissss...! *(Trata de bajarle la voz)*. ¡Calla, no grites, que se van a enterar hasta en la calle...! Esto es una cosa entre tú y yo, ¿comprendes? No hay por qué gritárselo a nadie más...

JOVEN: Pero no me gusta que tengas que guardar el secreto y vivas avergonzado. Tienes derecho a ser gay si quieres, y voy a gritárselo al mundo entero para que lo sepa *(Va hacia la puerta y grita hacia fuera)*. ¡Mi padre es gay!

DOCTOR: *(Tapándole la boca)*. ¿Pero tú estás loco? ¿Que te calles! ¡A ti no te importa si yo lo digo o no lo digo...! ¿Será posible? No se pone ahí a gritarlo, que lo han oído hasta los celadores...

JOVEN: Bueno, si tú quieres te guardaré el secreto, pero lo hago por tí, que conste

DOCTOR: Eso, lo haces por mí, y no dices ni una palabra de esto a nadie. Ahora me tienes que dejar, tengo que seguir pasando consulta, que lleva la gente esperando una hora... Otro día hablamos más tranquilamente de todo esto.

JOVEN: Bueno... Me voy si quieres...

DOCTOR: Sí, quiero, sí...

Va el joven hacia la puerta y de pronto se vuelve.

JOVEN: Pero te tengo que decir antes algo que me ha encargado mi madre que te diga, Rosario, ya sabes, la que tú... , aunque eras gay... eso... como a lo mejor aún no lo sabías o lo que fuera... Me ha dicho que te diga si nos podías dejar 500 euros para pagar parte de lo del alquiler del piso y que no nos echen... Es que andamos algo mal de dinero últimamente...

DOCTOR: Pues yo aquí no llevo dinero encima, y no sé si otro día...

JOVEN: Si mi madre te pide un favor... A mí no me ha importado que fueras gay... *(Sube la voz y lo grita ahora)*. ¡Gay!

DOCTOR: ¡Vale, calla! No te pongas ahora a gritar ahí... *(Se mira en la cartera)*. Tengo 250 euros..., aquí.

JOVEN: Puede valer *(Se los coge de la mano)*. Otro día me das el resto. Con esto no tenemos para nada... *(Al llegar a la puerta, se vuelve y le tira un beso al doctor)*. Ya volveré otro día a verte, papá.

Sale, cruzándose con otro doctor que entra en la consulta, también con bata blanca.

DOCTOR 2º: Oye, ¿Ese que salía no es Luis el Sonrisas?

DOCTOR: ¿Luis el...? ¿Quién es ese...?

DOCTOR 2º: ¡No me digas que no conoces a Luis el Sonrisas! Es el timador más listo del hospital. Le ha sacado dinero a todo el mundo...

DOCTOR: ¡Mecaguenla...! ¡Como le coja! *(Va hacia la puerta corriendo, rojo de ira)*. ¡Niño! ¡Niño...! *(Sale)*.

OSCURO.

PIC-NIC

Como verás, el autor emplea el humor para tratar un tema que no suele prestarse a risa: la guerra.

(La batalla hace furor. Se oyen tiros, bombazos, ráfagas de ametralladora. ZAPO, solo en escena, está escondido entre los sacos. Tiene mucho miedo. Cesa el combate. Silencio. ZAPO saca de una cesta de tela una madeja de lana y unas agujas. Se pone a hacer un jersey que ya tiene bastante avanzado. Suena el timbre del teléfono de campaña que ZAPO tiene a su lado.)

ZAPO: Diga... Diga... A sus órdenes, mi capitán... En efecto, soy el centinela de la línea 47... Sin novedad, mi capitán... Perdone, mi capitán, ¿cuándo comienza otra vez la batalla?... Y las bombas, ¿cuándo las tiro?... ¿Pero, por fin, hacia dónde las tiro, hacia atrás o hacia adelante?... No se ponga usted así conmigo. No lo digo para molestarle... Capitán, me encuentro muy solo. ¿No podría enviarme un compañero?... Aunque sea la cabra... *(El capitán le riñe.)* A sus órdenes... A sus órdenes, mi capitán. *(ZAPO cuelga el teléfono. Refunfuña.)*

(Silencio. Entra en escena el matrimonio TEPÁN con cestas, como si vinieran a pasar un día en el campo. Se dirigen a su hijo, ZAPO, que, de espaldas y escondido entre los sacos, no ve lo que pasa.)

SR. TEPÁN: Hijo, levántate y besa en la frente a tu madre. *(ZAPO, aliviado y sorprendido, se levanta y besa en la frente a su madre con mucho respeto. Quiere hablar. Su padre le interrumpe.)* Y ahora, bésame a mí. *(Lo besa en la frente.)*

ZAPO: Pero papaitos, ¿cómo os habéis atrevido a venir aquí con lo peligroso que es? Iros inmediatamente.

SR. TEPÁN: ¿Acaso quieres dar a tu padre una lección de guerras y peligros? Esto es para mí un pasatiempo. Cuántas veces, sin ir más lejos, he bajado del metro en marcha.

SRA. TEPÁN: Hemos pensado que te aburrirías; por eso te hemos venido a ver. Tanta guerra te tiene que aburrir.

comida o merienda en el campo.

encogido para resguardarse del frío, agazapado.

número que señala en los mapas la altura sobre el nivel del mar.



SR. TEPÁN: Muy bien sé yo lo que pasa. Al principio la cosa de la novedad gusta. Eso de matar y de tirar bombas y de llevar casco, que hace tan elegante, resulta agradable, pero terminará por fastidiarte. En mi tiempo hubiera pasado otra cosa. Las guerras eran mucho más variadas, tenían color. Y, sobre todo, había caballos, muchos caballos. Daba gusto: que el capitán decía «al ataque», ya estábamos allí todos con el caballo y el traje de color rojo. Eso era bonito. Y luego, unas galopadas con la espada en la mano y ya estábamos frente al enemigo, que también estaba a la altura de las circunstancias, con sus caballos –los caballos nunca faltaban, muchos caballos y muy gorditos– y sus botas de charol y sus trajes verdes.

SRA. TEPÁN: No, no eran verdes los trajes del enemigo, eran azules. Lo recuerdo muy bien, eran azules.

SR. TEPÁN: Te digo que eran verdes.

SRA. TEPÁN: No, te repito que eran azules. Cuántas veces, de niñas, nos asomábamos al balcón para ver batallas y yo le decía al vecinito: «Te apuesto una chocolatina a que ganan los azules». Y los azules eran nuestros enemigos.

SR. TEPÁN: Bueno, yo me quedo con los verdes.

SRA. TEPÁN: Yo siempre he sido muy aficionada a las batallas. Cuando niña, siempre decía que sería, de mayor, coronel de caballería. Mi mamá se opuso, ya conoces sus ideas anticuadas. [...]

ZAPO: Perdonadme. Os tenéis que marchar. Está prohibido venir a la guerra si no se es soldado.

SR. TEPÁN: A mí me importa un pito. Nosotros no venimos al frente para hacer la guerra. Sólo queremos pasar un día de campo contigo, aprovechando que es domingo.

SRA. TEPÁN: Precisamente he preparado una comida muy buena. He hecho una tortilla de patatas que tanto te gusta, unos bocadillos de jamón, vino tinto, ensalada y pasteles.

ZAPO: Bueno, [...] pero si viene el capitán, yo diré que no sabía nada. Menudo se va a poner. Con lo que le molesta

expresión utilizada para poner fin a una discusión y dar a entender a la persona con la que se discute que es imposible hacerla razonar.

SR. TEPÁN: No te preocupes, ya le diré yo un par de cosas a ese capitán.

ZAPO: ¿Y si comienza otra vez la batalla?

SR. TEPÁN: ¿Te piensas que me voy a asustar? En peores me he visto. Y, si aún fuera como antes, cuando había batallas con caballos gordos. Los tiempos han cambiado, ¿comprendes? (Pausa.) Hemos venido en motocicleta. Nadie nos ha dicho nada.

ZAPO: Supondrían que érais los árbitros.

SR. TEPÁN: Lo malo fue que, como había tantos tanques y jeeps, resultaba muy difícil avanzar.

SRA. TEPÁN: Y luego, al final, acuérdate de aquel cañón que hizo un embotellamiento.

SR. TEPÁN: De las guerras, se puede esperar todo.

SRA. TEPÁN: Bueno, vamos a comer.

SR. TEPÁN: Sí, vamos, que tengo un apetito enorme. A mí, este ... de pólvora, me abre el apetito.

SRA. TEPÁN: Comeremos aquí mismo, sobre la manta.

ZAPO: ¿Como con el fusil?

SRA. TEPÁN: Nada de fusiles. Es de mala educación sentarse a la mesa con fusil. (Pausa.) Pero qué sucio estás, hijo mío... ¿Cómo te has puesto así? Enséñame las manos.

ZAPO: (Avergonzado, se las muestra.) Me he tenido que arrastrar por el suelo con eso de las maniobras.

SRA. TEPÁN: Y las orejas, ¿qué?

ZAPO: Me las he lavado esta mañana.

SRA. TEPÁN: Bueno, pueden pasar. ¿Y los dientes? (Enseña los dientes.) Muy bien. ¿Quién le va a dar a su niño un



besito por haberse lavado los dientes? (A su marido.) Dale un beso a tu hijo que se ha lavado bien los dientes. (El Sr. TEPÁN besa a su hijo.) Porque lo que no se te puede sentir es que con el cuento de la guerra te dejes de lavar.

ZAPO: Sí, mamá. (Se ponen a comer.)

SR. TEPÁN: Qué, hijo mío, ¿has matado mucho?

ZAPO: ¿Cuándo?

SR. TEPÁN: Pues estos días.

ZAPO: ¿Dónde?

SR. TEPÁN: Pues en esto de la guerra.

ZAPO: No mucho. He matado poco. Casi nada.

SR. TEPÁN: ¿Qué es lo que has matado más, caballos enemigos o soldados?

ZAPO: No, caballos no. No hay caballos.

SR. TEPÁN: ¿Y soldados?

ZAPO: A lo mejor.

SR. TEPÁN: ¿A lo mejor? ¿Es que no estás seguro?

ZAPO: Sí, es que disparo sin mirar. (Pausa.) De todas formas, disparo muy poco. Y, cada vez que disparo, rezo un ... por el que he matado.

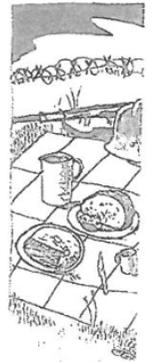
SR. TEPÁN: Tienes que tener más valor. Como tu padre.

SRA. TEPÁN: Voy a poner un disco en el ...

(Pone un disco. Los tres, sentados en el suelo, escuchan.)

Fernando Arrabal, Pic-nic

Fernando Arrabal nació en Melilla en 1932. Ha escrito numerosas obras de teatro, en francés y en español, todas dentro de una línea innovadora y vanguardista como El cementerio de automóviles o El triciclo.



oración de los cristianos.

a:
aparato que, mediante una reproducción grabada en disco.